

ENTRE LOS PIADOSOS RECUERDOS Y LA FE EN LA MODERNIDAD:

El primer Centenario de la Guerra de la Independencia en Zaragoza*

Christian Demange y Pierre Géal

Université Stendhal-Grenoble III, ILCEA

Al promover la Expo 2008 como acontecimiento magno asociado a la conmemoración del bicentenario de la Guerra de la Independencia, Zaragoza apostó decididamente por asentar, mediante una reflexión sobre el desarrollo sostenible, una imagen de ambiciosa modernidad. Paradójicamente, esta apuesta por la modernidad casaba perfectamente con la celebración de las glorias pasadas, ya que remitía explícitamente al primer Centenario, que había sabido combinar con acierto los actos conmemorativos con una visión prospectiva ejemplificada en la Exposición Hispano-Francesa. A un siglo de distancia, se da por sentado que en el primer Centenario, que marcó profundamente la fisonomía de la ciudad, se plasmaron con éxito los ánimos modernizadores de las elites en el poder en aquel entonces.

Cabe interrogarse, sin embargo, sobre la articulación que se dio en 1908 entre los anhelos reformadores y el recuerdo de la Guerra de la Independencia, entre la proyección hacia el futuro y la comunión en torno al mito fundador de la España contemporánea. La posibilidad misma de esta articulación descansaba en la plasticidad del mito de la Guerra de la Independencia: entre los dos polos del patriotismo nacional y del liberalismo político, la Guerra de la Independencia suscitó a lo largo del siglo XIX una diversidad de apropiaciones que, si bien puede considerarse como una riqueza, no dejó de alimentar suspicacias sobre la fortaleza del nacionalismo español. Varios estudios recientes sobre la memoria de la Guerra de la Independencia han subrayado no obstante que, pese a la deficiente labor nacionalizadora llevada a cabo por los órganos rectores del Estado, el mito de la Guerra de la Independencia conservaba

* Este trabajo, en sus grandes líneas, fue presentado por primera vez en diciembre de 2004, en el seminario que el profesor Jordi Canal animaba en la EHES, París.

en 1908 una innegable capacidad de atracción, como lo mostraron las conmemoraciones festivas que se dieron con más o menos lustre por toda la península.

Si la persistencia en la memoria colectiva de la epopeya de los Sitios, episodio destacado de la Guerra de la Independencia, contribuyó al éxito del Centenario zaragozano, es preciso analizar los distintos factores que lo convirtieron en la más destacada conmemoración a nivel nacional, sólo comparable con las que se organizaron en Madrid y, más tarde, en Cádiz. Conviene aclarar, sobre todo, qué visiones del nacionalismo, en la Zaragoza de 1908, pugnaron por imponerse.¹

LAS RAÍCES DEL CENTENARIO

Recordatorio: la memoria de la Guerra de la Independencia en el siglo XIX

A diferencia de otras ciudades como Madrid o Medina de Rioseco, no se celebraban en Zaragoza los rituales anuales de las conmemoraciones de la Guerra de la Independencia. Esta aparente desidia no deja de sorprender, si se considera el interés que la ciudad manifestó con mucha precocidad por conservar la memoria de los Sitios. Como destaca Javier Maestrojuán, los protagonistas pronto elevados a la dignidad de héroes, como Palafox, Agustina de Aragón o la condesa de Bureta, permitían articular lo individual con lo colectivo, pero también la comunidad urbana con la colectividad nacional. Varios monumentos fueron proyectados durante la Guerra. En 1808 ya, el gremio de lumineros de la ciudad propuso que se erigiese un monumento para rendir homenaje a Palafox. La Junta Central, en 1809, adoptó una serie de medidas destinadas a premiar el heroísmo colectivo de los zaragozanos; disponía el artículo 9: «Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpetua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa».² Lo que había de ser el primero de tantos programas monumentales previstos por la Junta Central y luego por las Cortes de Cádiz no se realizó, quedando como una deuda que el país le debía a la ciudad de los Sitios.

Como en la casi totalidad del territorio, los proyectos monumentales elaborados durante la Guerra se dejaron de lado una vez acabada la contienda. En Madrid, las vicisitudes del obelisco al Dos de Mayo que, tras una

¹ Javier Moreno Luzón ofreció una aproximación valiosa al Centenario zaragozano en su artículo «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia», *Historia y política*, 12, 2004/2, pp. 41-78. Para los temas abordados aquí también es de consulta imprescindible el artículo de Ignacio Peiró y Pedro Ríjula, «Representaciones calculadas: la imagen de Aragón en el siglo XX», en Carlos Forcadell (coord.), *Trabajo, sociedad y cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*, Zaragoza, Publicaciones Unión, 2000, pp. 275-301.

² Decreto del 9 de marzo de 1809.

primera tentativa durante el Trienio Liberal, sólo llegó a erigirse en 1840, revelan la marcada reticencia de la monarquía fernandina ante una conmemoración cívica de la Guerra de la Independencia demasiado relacionada ya con la promoción del liberalismo. En Zaragoza, la muerte de Palafox en 1847 resucitó el proyecto de monumento al héroe de los Sitios, pero no llegó a realizarse. Del mismo modo, tras la colocación de la primera piedra en 1870, abortó el proyecto de monumento a Agustina de Aragón.

Si la conmemoración oficial de la Guerra de la Independencia fue, por lo tanto, muy modesta en Zaragoza durante todo el siglo XIX, existía en cambio una memoria viva que no se reducía al ámbito familiar sino que impregnaba el espacio urbano. Durante la Guerra se dio ya una glorificación de las ruinas como estigmas de la lucha sangrienta. Son hechos hartamente conocidos la invitación que recibió Goya de Palafox para «ver y examinar las ruinas de aquella ciudad, con el fin de pintar las glorias de los naturales» o la famosa serie de grabados titulada *Ruinas de Zaragoza* que publicaron Juan Gálvez y Fernando Brambila en plena guerra. Tanto esta iconografía como los testimonios escritos que se publicaron tendían ya a singularizar los lugares y episodios y, por lo tanto, a conformar la estructura del relato de los Sitios.

Algunos opinaban, sin embargo, que la conservación gráfica o literaria de la memoria de los Sitios no bastaba: la voluntad de preservar las huellas de los combates se recogía ya en las actas municipales a finales de 1813.³ Francisco Javier Maestrojuán destaca el valor concedido a las ruinas en la visita que realizó el rey, en abril de 1814, de camino a Madrid.⁴ Palafox, por entonces general bajo mando de las Cortes, publicó un bando para que no se cubriesen las ruinas, preservándose así un escenario trágico que quedó plasmado pocos años después en un lienzo espectacular del pintor honorario de cámara Miguel Parra.⁵

A la altura de los años 1840, José María Quadrado pronosticaba que estas ruinas habrían de convertirse con el paso del tiempo en el testimonio más puro del heroísmo de la ciudad:

Cuando esta viviente gloria se convierta en recuerdo, y acallado el rumor de la generación contemporánea, llegue su eco más despejado á la remota posteri-

³ «No debía borrarse de los edificios de esta ciudad las señales exteriores de los asedios» (sesión del 6 de diciembre de 1813, citado por Javier Maestrojuán Catalán, «Escombros épicos o la exaltación patriótica de la ruina» en, Víctor Manuel Mínguez (ed.), *Del libro de emblemas a la ciudad simbólica (actas del III simposio internacional de emblemática hispánica)*, (2 vols.), Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2000, vol. 1, pp. 227-255 (cita p. 245).

⁴ *Ibidem*, p.247.

⁵ José Luis Díez, «“Nada sin Fernando”. La exaltación del Rey Deseado en la pintura cortesana (1808-1823)», en *Goya en tiempos de guerra*, Madrid, Museo del Prado, 2008, pp. 99-123 (véase p. 114).

dad, entonces las ruinas de Santa Engracia y las acribilladas tapias de Zaragoza exhalarán el perfume de la poesía, y su defensa inmortal parecerá el episodio de un pueblo robusto y entusiasta enclavado en la historia de una descrépita [sic] sociedad.⁶

El excesivo número de huellas de la Guerra explica sin duda la escasa preocupación por conservarlas, como lo revela la poca atención que prestó el ayuntamiento a una recomendación que le hizo en 1851 la Academia de Bellas Artes de San Luis, en un informe sobre el «ornato público» de la ciudad:

Siendo esta ciudad de las más célebres de España por sus heroicos hechos en 1808, como lo acreditan muchos de sus edificios, nada más fácil y justo que legar a la posteridad más remota la conservación especial de uno de los documentos inéditos, como testimonio en prueba, mientras que la poderosa acción del tiempo obrando sobre los restantes sólo deje su recuerdo a la historia. La Puerta del Carmen reúne todas las condiciones para tan patricia idea: los marcados y abundantes efectos que contiene de la metralla, su situación, por estar como puerta de ciudad, y su tamaño, se prestan [a tal fin], fácil y económicamente, con sólo elevar un cuerpo sencillo y alusivo que la cubra y encierre aisladamente [...].⁷

Al parecer, esta propuesta de «monumentalizar» la puerta del Carmen cayó en el olvido hasta finales del siglo, cuando se volvió a contemplar su aislamiento «por los hechos históricos que recuerda y porque además el aumento de población y de tráfico así lo exige», aunque de momento no bastó este doble motivo para llevar a cabo las obras necesarias.⁸

En vísperas del primer Centenario, la memoria de la Guerra de la Independencia en Zaragoza demuestra escasa vitalidad; si las huellas todavía visibles de los combates y la memoria familiar pervivían, muy poco habían hecho las autoridades locales para conmemorar la gesta de los Sitios: el caso de Manuela Sancho, cuyo nombre se dio a una calle de Zaragoza mientras vivía la heroína, es como la excepción que confirma la regla.⁹ ¿Basta para explicar esta desidia la polarización de la memoria

⁶ José María Quadrado, *Aragón* (colección *Recuerdos y bellezas de España*), Madrid, [1844-1847], p. 244.

⁷ Manuel Expósito Sebastián, «Criterios para la conservación y pintura de fachadas en la rehabilitación urbana de Zaragoza. A propósito de un informe de la Academia de San Luis en 1851» en, *Artígrama*, 6-7, 1989-1990, pp. 331-344 (cita p. 342).

⁸ Evoca la propuesta citada, que data de 1895, José García Lasaosa en *Desarrollo urbano de Zaragoza (1885-1908)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» - CSIC, 1979, p. 105 y pp. 221-222.

⁹ Melchor Poza Rodríguez, *Tres heroínas de los Sitios. María Agustín, Casta Álvarez, Manuela Sancho*, Zaragoza, La Cadiera, 1995, p. 13.

liberal zaragozana en torno a la cincomarzada, una fiesta que permitía enlazar el recuerdo de la reacción popular del 5 de marzo de 1838 contra las partidas carlistas de Cabañero con la evocación del 5 de marzo de 1820, cuando se proclamó en la Plaza Mayor la Constitución de 1812 y se procedió a elegir una Junta Superior del Reino de Aragón?¹⁰

El contexto del primer Centenario de la Guerra

Desde el punto de vista político, Zaragoza era un feudo del liberalismo. Pero que Segismundo Moret haya sido diputado cunero por el distrito de Zaragoza-Borja durante más de veinte años no basta para resumir el panorama político complejo de una ciudad que en 1906, en un contexto social difícil, había elegido a un Concejo con mayoría republicana. El nombramiento por el gobierno Maura del abogado Antonio Fleta como alcalde vino a complicar algo más la situación política local llena de tensiones.

Por lo que tocaba a la economía, Aragón conocía desde 1898 unos progresos económicos extraordinarios. La introducción, en 1890, del cultivo de la remolacha por la Granja experimental se tradujo pronto en una verdadera fiebre azucarera (las ocho fábricas aragonesas proporcionaban ya la tercera parte del consumo español a principios del siglo XX) que era una de las numerosas manifestaciones locales de un dinamismo económico que se encarnaba también en importantes empresas como Tudor, la Fábrica de gas, los Tranvías eléctricos de Zaragoza, las Eléctricas Reunidas de Zaragoza, la Fundición Averly o las minas y Ferrocarriles de Utrillas. Este desarrollo industrial se había hecho con capitales locales, reunidos por unos comerciantes que habían construido un sistema bancario propio y apostado por la industria antes que por la deuda del Estado. Esta nueva burguesía industrial y progresista pretendía hacer de la capital un actor más del desarrollo local.¹¹

Ese espíritu de iniciativa y ese dinamismo no eran nuevos. En 1868 ya, la Real Sociedad Económica había organizado la primera exposición con carácter comercial en España –había reunido a 2.462 expositores, entre ellos 143 franceses– con vistas a «promover la provechosa competencia y facilitar el curso de las ideas y de los adelantos en todos los ramos del saber». ¹² En 1885 se repitió la experiencia pero el cólera vino a aguar la fiesta. En 1898, en plena crisis moral, fue la Cámara de Co-

¹⁰ Voz «La Cincomarzada», en la página web www.encyclopedia-aragonesa.com/voz.asp?voz_id=3756 (consultada el 16 de diciembre de 2008).

¹¹ Ver por ejemplo las propuestas hechas por la Real y Excm. Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, presidida por Florencio Jardiel, para que Zaragoza se desarrollara más en *Intereses locales en general y de la ciudad de Zaragoza en particular*, Zaragoza, Tip. Casañal, 1909.

¹² Carlos Forcadell Álvarez, (coord), *Historia contemporánea de Aragón*, Zaragoza, Ed. Heraldo de Aragón, 1999.

mercio de Zaragoza, bajo la dirección de Basilio Paraíso, la que acogió a la Asamblea Nacional de las Cámaras de Comercio que iba a marcar el punto de partida de una nueva movilización de las energías regionales. Las conclusiones de dicha Asamblea –la protección de los obreros, la independencia del poder judicial, el servicio militar obligatorio para todos sin excepción alguna, la lucha contra el caciquismo, la reforma de la fiscalidad, etc.– muestran que estas elites económicas se preocupaban por la modernización del país.¹³

De modo que, mientras la España del 98 intentaba comprender sus fracasos lamentándose, la generación aragonesa del 98 cultivaba la remolacha, construía fábricas, lanzaba proyectos, luchaba por una patria nueva y floreciente y hablaba de redención por el trabajo. Soplaba en Aragón un viento regeneracionista y regionalista que explica en gran parte la idea de conmemorar el Centenario de los Sitios con una exposición, como recordaría su artífice, Basilio Paraíso, en la jornada dedicada a la familia aragonesa que cerró la Exposición Hispano Francesa el día 4 de diciembre de 1908.¹⁴ Sin embargo, como veremos, esta burguesía

¹³ Ver José Valenzuela, *Commemoración del cincuentenario de la Exposición hispano-francesa de 1908, CL Aniversario de los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, Talleres gráficos de El Noticiero, 1956: «que se dictaran leyes de protección al obrero cuando no existía ni una simple ley de accidentes del trabajo; que se decretase la independencia del poder judicial y el ingreso en la carrera por rigurosa oposición para restar armas al caciquismo imperante; que se exigiera el tecnicismo en todos los cargos del Estado para evitar que asaltaran los organismos oficiales los incapaces al amparo de la política bastarda; que se impusiera el servicio militar obligatorio sin redención ni sustitución para que no se repitiera la vergüenza de que sólo defendieran la patria con las armas los que no disponían de 1500 pts; que se incrementaran los mezquinos recursos del Tesoro con impuestos sobre la riqueza mobiliaria; y otras cosas por el estilo».

¹⁴ Algunas citas sacadas de *Revista Aragonesa*, nº 1-21, número especial, Zaragoza, 1908: «No es un hecho aislado nuestra Exposición Hispano-Francesa, es la afirmación de otra y más grande obra que hace unos quince años inició España entera, y de un empeño aragonés consagrado hace dos lustros, a raíz de aquella memorable asamblea (de las Cámaras de Comercio de toda España en 1898), encarnación viva de un país que moría por las repetidas pesadumbres y que se reunía en momentos de verdadero desconcierto y angustia nacional; cuando peligraba todo, absolutamente todo, menos la fe de los que se congregaron con el decidido propósito de reconstruir el espíritu público, de afianzar el orden moral, seriamente perturbado. [...] Y a partir de aquella fecha, España reaccionó; Aragón entró en el camino del deber, y Zaragoza, respondiendo a su historia, reivindicó para sí el honor de ponerse a la cabeza de este movimiento de avance industrial, agrícola y comercial que nos está colocando entre los pueblos que se desviven y afanan por conquistar su independencia económica» (p. 176). «En estas condiciones llegó la conmemoración, y como aspiración unánime, el que una de sus fiestas fuera la celebración de una Exposición. [...] No fue nadie el iniciador de esta idea. Flotaba en la atmósfera de Zaragoza». (p. 179). «Aragón con Cataluña y Castilla, realizaron la unidad nacional. Maldito mil veces sea el que pretenda quebrantarla. Maldito yo mismo si en algún instante sintiera despego, desfallecimiento en el amor por la patria única e intangible. Es el amor de los amores, pero juntamente con ese amor está el de la tierra. Queremos que nuestra España, reposando de sus pasadas luchas, respetada y considerada fuera, reponiéndose

progresista que se reunía en las Cámaras de Comercio no era toda la burguesía: existía otra, más conservadora en el plano social, que pretendía seguir imponiéndose, la que se reconocía a nivel local en la Real Sociedad Económica presidida por Florencio Jardiel.

LOS ACTORES DE LA CONMEMORACIÓN

Las élites locales en el origen de la conmemoración

En este apartado convendría hablar de los militares, aunque fueron muy poco implicados en el diseño del Centenario, y de la Iglesia muy presente al contrario a través de las personas del arzobispo de Zaragoza, monseñor Soldevila, el instigador de la Exposición retrospectiva de Arte, y del deán de la catedral, Florencio Jardiel, también director de la Real Sociedad Económica y vicepresidente de la Comisión Ejecutiva del Centenario. Sin olvidarnos del Ayuntamiento, muy marginado en este Centenario sin duda por ser republicano, y de la Universidad cuya gran figura entonces era Eduardo Ibarra. Todos estos actores están asociados a la conmemoración en el seno de la Junta Magna. Pero hemos optado por focalizar la atención en las elites económicas, no sólo por ser ellas las instigadoras del Centenario, sino porque más allá de lo que las reúne (los negocios, el desarrollo económico local y regional) se dividen en cuanto al sentido que debía tener la conmemoración.

Parte de las elites económicas se identifica con la Cámara de Comercio y su presidente, Basilio Paraíso, miembro ilustre del regeneracionismo aragonés, propietario de la empresa de espejos *La Veneciana* –que llegó a contar con 400 agentes en España y a exportar a América latina y Filipinas– y fundador con Saint Gobain de Cristalería Española. Paraíso es un líder de opinión en una masa social abigarrada en que se mezclan industriales, comerciantes, aristócratas cultos y republicanos.¹⁵ Para todos ellos, el patriotismo, que no excluye la dimensión regional («haciendo Aragón, se hace país, se hace Patria»), cobra la forma de la redención por el trabajo. Son unas elites que apoyan la construcción del sentimiento nacional en una dosis de regionalismo y en un pensamiento regeneracionista y moderno.¹⁶

y prosperando dentro [...] se entregue a la reconstrucción de sus fuerzas. Queremos que en nuestro Aragón querido se haga una labor común y se tome a empeño el fomento de sus intereses materiales con la bandera de todo por y para Aragón, todos para uno y uno para todos. Haciendo Aragón, como haciendo Castilla, Levante, etc., se hace país, se hace patria». (p. 180).

¹⁵ Ver Mariano Hormigón Blánquez, *Historia de la industrialización de Zaragoza*, prólogo de José María Cuevas Salvador y Javier Ferrer Dufol, Zaragoza, Confederación de Empresarios de Zaragoza, 1999, vol. II, pp. 445-447.

¹⁶ Ver por ejemplo Agustín Herrera Cerda, *En el centenario de los sitios de Zaragoza*, discurso leído en la solemne velada patriótica celebrada el 26 de Abril de 1908 en el Centro Mercantil Industrial y Agrícola de Zaragoza, Zaragoza, Tip. Casañal, 1908. El autor

Muy distinta es la burguesía que se reúne en torno a la Real Sociedad Económica, presidida por Jardiel. En su primera Asamblea nacional, durante el mismo Centenario, esas sociedades proclaman su voluntad de reconquistar el lugar que nunca debían haber perdido en la vida política nacional. Pretenden que el gobierno las consulte para definir su política fiscal y arancelaria, exigen beneficiarse de una mayor representación en el Senado y en el Congreso, pero también en los Ayuntamientos y los rodajes de la Administración central.¹⁷ Para ellas se trata de contrarrestar la evolución de la sociedad, especialmente el desarrollo del movimiento obrero, imponiendo la enseñanza de la religión y de la moral en las escuelas «[para que] formen poco a poco el alma cristiana del niño, seleccionando con el debido acierto al profesorado» y persiguiendo al sindicalismo de clase, empezando con el anarcosindicalismo, muy presente ya en Zaragoza que pronto será el segundo foco anarquista de España. Entre las medidas que proponen figuran la censura de la prensa, la prohibición de las huelgas y la tutela de las Reales Sociedades Económicas sobre la legislación obrera.¹⁸

Esta fracción de la burguesía desarrolla un nacionalismo anclado en la tradición católica. Florencio Jardiel, contacto privilegiado de Segismundo Moret en Zaragoza, es el portavoz y el símbolo de esa burguesía nacionalista y conservadora que se apoya en el Altar. Es a la vez canónigo deán de la catedral y un actor influyente de la vida económica local a través de sus funciones de director de la Real Sociedad y de presidente del Consejo de Administración de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja que participa activamente en la industrialización de la región. Encargado de pronunciar la oración fúnebre durante las ceremonias oficiales del día 15 de Junio, presididas por el rey Alfonso XIII, afirma que la fe religiosa es «el elemento esencial, constitutivo del alma de la Patria» y el baluarte de la lucha contra las nuevas ideologías

presenta los sitios como una lección de libertad, recuerda que ya en 718 un puñado de aragoneses se refugiaron en el monte Arbe para escapar del yugo musulmán, y que luego fundaron la institución del Justiciazgo que marcaba los límites del poder del Estado en su nuevo reino.

¹⁷ Ver las conclusiones 3, 4, 5 y 6 de la Asamblea en *Sociedades Económicas de Amigos del País (1775-1908), Primera Asamblea Nacional, Zaragoza 7-10 de Octubre de 1908, Con motivo del primer centenario de los Sitios*, Zaragoza, Tip. de Casañal, 1909.

¹⁸ «Que se persiga con energía toda propaganda anarquista realizada por medio de la prensa, del grabado u otro medio mecánico de publicación, ya que la libertad de pensamiento que el Art. 13 de la Constitución sanciona, no puede extenderse a lo que significa un atentado a la paz social». [...] Que el derecho de asociación en la clase obrera no se utilice para formar núcleos de resistencia o de imposición, sino para establecer centros de cultura y comunicación de ideas racionales. [...] Que se proclame la ilegalidad de la huelga, desde el momento en que los huelguistas ejecuten la más pequeña acción, sometiéndose a los Tribunales a los promovedores o autores de una y otra. [...] Que en toda reforma de la legislación obrera se oiga previamente, entre otras entidades, a las Sociedades Económicas de Amigos del País».

materialistas que invaden la sociedad.¹⁹ Unas ideologías heredadas de la Revolución francesa y de Voltaire. Desde el punto de vista de Jardiel, reforzar el sentimiento patriótico con motivo del Centenario, es ante todo despertar y consolidar la fe católica: «El nivel de nuestra grandeza responderá al nivel de nuestra religiosidad, que es decir, al nivel de nuestro patriotismo, y la mejor partida de nuestra filiación con aquellos defensores de Zaragoza en 1808 y 1809, será mantener incólume la fé, el amor a la patria a la que dieron en sacrificio su sangre generosa».²⁰ Esta visión conservadora se expresa también en parte de la producción bibliográfica a la que da lugar el Centenario, por ejemplo bajo la pluma de Mariano de Pano y Ruata, miembro eminente de la Comisión Ejecutiva del Centenario y cronista oficial del mismo, que exalta a la Condesa de Bureta en un intento de oponer aquella figura aristocrática y cristiana a las de las heroínas populares «de origen más acomodado con la moderna democracia».²¹

Esas elites económicas son las que toman la iniciativa de la conmemoración. Primero a través de Rafael Pamplona, ex alcalde de la ciudad, el cual, en 1901 y en 1902, ya invita al Ayuntamiento a celebrar el Centenario de los Sitios. El 14 de abril de 1902, la Real Sociedad ofrece su colaboración al Ayuntamiento, y el 10 de Mayo se constituye una Junta Magna del Centenario que nombra una Comisión Ejecutiva, dominada por los miembros de la Real Sociedad, que se encarga de definir un proyecto.

No le costará mucho trabajo ya que se impone enseguida el proyecto presentado por Jardiel a los miembros de la Económica en su sesión del 14 de Abril, el cual consiste en erigir monumentos y celebrar actos oficiales, pero también en montar una Exposición y organizar una serie

¹⁹ «¿Sería cuerdo cerrar los ojos a la realidad? Porque no es rumor ya lo que se escucha... es el ejército invasor que se nos viene encima. El de hoy es un ejército de ideas disolventes caldeadas en el fuego de aquella ya vieja impiedad, que incubó la más audaz de las revoluciones; es un ejército de malhechores de la humanidad, violadores de la pureza del corazón y de los fueros de la conciencia; es un ejército de materialistas insaciables, pegados a la tierra y a sus placeres, que ni miran al Cielo ni comprenden las alegrías del espíritu... que si triunfara, oh amada Patria mía, tú también caerías al filo de la espada como cayó la antigua. Pero digo que no será porque éste es el baluarte de la fe religiosa, coronado por el santo Pilar y sellado con lo que hay de más grande y más fecundo sobre la tierra, que es el martirio.», en *Honras fúnebres del 15 de Junio de 1908. Primer centenario de los Sitios de Zaragoza. Sermón predicado en el STM del Pilar*, Zaragoza, Tip. de Mariano Salas, 1908, pp. 17-18.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Mariano de Pano y Ruata, *La condesa de Bureta, Doña María Consolación de Azlor y Villavicencio y el regente Don Pedro M.^o Ric y Montserrat*, Zaragoza, Mariano Escar tipógrafo, 1908, pp. 16-17. Esta defensa de la identidad católica de España por Pano y Ruata se encuentra también en su introducción al *Catálogo de la Exposición retrospectiva de arte de 1908*, Zaragoza, Tip. La Editorial, Librería Fernando Fé, Madrid, 1908. Introducción de Mariano de Pano y Ruata, prólogo de D. Francisco Paula Moreno, texto de Emile Bertaux.

de congresos. La Comisión multiplica las diligencias en la capital del Reino y solicita del Ayuntamiento una subvención de 100.000 pesetas. Este se la concede el 29 de Abril de 1904, a pesar del mal estado de su erario (el déficit supera el millón de pesetas), estimando necesario este esfuerzo, «no sólo por ser indispensable para atender a los gastos que se ocasionan, sino por el ejemplo que debe dar para que contribuyan también otras corporaciones que no están obligadas tan directamente». En los años siguientes, el Ayuntamiento sigue movilizándose, aunque con pocos resultados por falta de dinero.²² Pero cuando llega la subvención del Estado, votada por las cámaras a principios de 1907, el Ayuntamiento se ve relegado a un papel secundario ya que fue la Junta Magna la que heredó la subvención estatal. A partir de ahí fue ella –y a través de ella las elites económicas– la que llevó a cabo y controló la organización del Centenario, imponiendo sus opciones ideológicas, conservadoras ahí donde se imponía la Comisión Ejecutiva presidida por Jardiel, regeneracionistas allí donde se imponía el Comité Ejecutivo de la Exposición, encabezado por Paraíso.²³

El compromiso del Estado

La participación del Estado en el Centenario es primero la historia de una deuda que éste fue incapaz de satisfacer a lo largo del siglo XIX: el compromiso de la España patriota y liberal de Cádiz a celebrar el heroísmo del pueblo zaragozano y de sus héroes.²⁴ Esta deuda es la que obliga al Estado de 1908 a prestar su apoyo –y poco más– a los instigadores del Centenario zaragozano. En efecto, el Estado liberal, bajo el gobierno de Antonio Maura, a pesar de unas circunstancias apremiantes, se niega en general a jugar un papel rector en la conmemoración del Centenario de la Guerra de la Independencia, el mito en que funda su legitimidad histórica. No toma ninguna iniciativa, y apenas apoya algunas de las numerosas conmemoraciones que se proyectan por todo el territorio –cuando

²² Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ), 1902, sección primera, Exp. 185; Varios, Exp. 470. AMZ, 1907, Instrucción, Exp. 78. AMZ, 1904, Instrucción, Exp. 261, 748. AMZ, 1905, Instrucción, Exp. 584, 599. 1906, Instrucción, Exp. 640, 1145, 2423.

²³ Muchas informaciones acerca de la Junta Magna y del Centenario están disponibles en la memoria dirigida al presidente del Consejo de Ministros, por el vicepresidente de la Comisión Ejecutiva, Florencio Jardiel: Archivo General de la Administración, Presidencia, IDD 203, caja 3594, *Real Junta del primer centenario de los Sitios de Zaragoza, Comisión Ejecutiva, Memoria cuenta oficial, noviembre de 1910*.

²⁴ Diario de Sesiones del Congreso, 8 de diciembre de 1906, Proyecto de ley presentado por el Sr Ministro de Hacienda, arbitrando recursos con destino a los gastos de la celebración del Centenario de los Sitios de Zaragoza en 1808: «Zaragoza, una de las ciudades inmortales que en aquel periodo dieron gloria a España y ejemplo de heroísmo al mundo entero, ha sido la primera en la iniciativa y en la intensidad del deseo de conmemorar los dos heroicos e inolvidables Sitios, y al hacerlo invoca ante todo los decretos de las Cortes de Cádiz de 9 de marzo de 1809 y 22 de agosto de 1813, dictados para erigir un monumento glorioso e impeccedero a los mártires de la Independencia».

no las obstaculiza. Se niega a subvencionar la propuesta unificadora de conmemoración del Dos de Mayo cuando lo lógico hubiera sido centralizar la conmemoración del Centenario en Madrid, no sólo por ser la capital del Estado, sino porque el Dos de Mayo se había ido imponiendo, a lo largo de un siglo de conmemoraciones madrileñas, como el símbolo de la totalidad de la epopeya nacional. Maura justifica su posición alegando las buenas relaciones de España con Francia, el exceso de celebraciones y la elección, por el gobierno de Moret, de Zaragoza para sintetizar la conmemoración de toda la Guerra.

Gracias a su tenacidad, el diputado por Zaragoza y entonces presidente del Consejo Segismundo Moret consiguió que las Cortes votaran el 22 de enero de 1907, una subvención de 2,5 millones de pesetas destinadas a financiar numerosos monumentos y lápidas conmemorativas, congresos y asambleas, ceremonias oficiales cívicas y religiosas, festejos populares y sobre todo los tres edificios que acogerían la Exposición agrícola, industrial, comercial y artística así como una Exposición retrospectiva de arte. Pero si el Estado hizo suyo el programa elaborado por la Junta Magna, quiso también controlar la operación. El 23 de marzo de 1907, un decreto colocó el Centenario bajo el patrocinio del Estado y creó una Comisaría Regia presidida por el gobernador civil de la provincia, Juan Tejón y Marín, que a partir de entonces pasó a presidir la Comisión Ejecutiva del Centenario.²⁵ El comisario real estaba encargado de velar por la buena ejecución del presupuesto y fiscalizar las decisiones de la Junta y de la Comisión Ejecutiva que era la que, en realidad, lo decidía todo. También intervino para facilitar la tarea de los organizadores propiciando una serie de Reales Órdenes que autorizaban el trabajo dominical, exoneraban de impuestos los productos franceses de la Exposición, concedían tarifas reducidas para el transporte de las mercancías, y autorizaban la Junta a prescindir del visto bueno de la Academia de San Fernando para los monumentos. Pero también contribuyó a que el Estado confiriera las cualidades de oficial e hispanofrancesa a la Exposición zaragozana.²⁶ También puso a disposición del proyecto el aparato diplomático del Estado, que se tratara de reunir delegaciones de alto rango para el Congreso Internacional de Historia o de promocionar la Exposición de Paraíso en Francia.²⁷

Pese a las apariencias, el Estado no asumió plenamente el proyecto zaragozano, y manifestó a veces reticencias. El presidente del Consejo,

²⁵ Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, IDD 203, caja 3594. R. D. publicado en la *Gaceta* el 24 de marzo de 1907.

²⁶ R. O. del 21 y 25 de junio de 1907; del 1 y 18 de julio de 1907; del 13 de septiembre de 1907.

²⁷ R. O. del 19 de marzo de 1908, que pide a los consulados españoles su colaboración. La respuesta es tan eficaz que las invitaciones al Congreso de Historia llegan hasta San Francisco, Bombay, Odessa, etc. Ver AGA, Asuntos Exteriores, IDD 304, caja 1288.

Antonio Maura, esperó hasta el mes de octubre para acudir a Zaragoza, lo que se interpretó como una falta de adhesión. Algunos meses antes, en Julio de 1907, había pedido a los organizadores que aplazaran la inauguración de la Exposición para disociarla de la conmemoración. Lo que le planteaba un problema al gobierno de Maura era la asociación de Francia a las conmemoraciones patrias.²⁸ En diciembre de 1907, el entonces ministro de Estado, Manuel Allendesalázar no sabía qué contestar a un correo de Francia en que se le preguntaba si había que nombrar un comisario general francés para la Exposición. Fue Paraíso quien le confirmó al ministro que se trataba de una invitación cursada a la nación francesa y que por lo tanto convenía que Francia nombrara un comisario. Esta dificultad del gobierno a asumir la dimensión francesa explica, según *Heraldo de Aragón*, el poco entusiasmo de Maura para con la celebración zaragozana y su empeño en limitar al máximo la presencia del monarca en Zaragoza.²⁹ Conviene por lo tanto matizar el compromiso del gobierno Maura aunque acudieran a Zaragoza numerosos ministros.

Queda por explicar por qué el Estado, en tiempos de Moret, optó por sintetizar la conmemoración nacional en el Centenario de los Sitios. Más allá de las razones de política politiquera (conviene no descartar cierto clientelismo), podemos pensar que Zaragoza era un símbolo más consensual que la revuelta madrileña: había sido un episodio de defensa del territorio y no una insurrección popular, o sea que encarnaba el mito del patriotismo nacional y no el mito de la revolución liberal en que finalmente se había convertido el Dos de Mayo en el discurso de los demócratas y republicanos. Además, la resistencia heroica de los aragoneses estaba estrechamente vinculada con la Virgen del Pilar, lo que permitía asociar la Patria con la fe católica, constitutiva para muchos liberales –y no sólo para los conservadores– de la identidad nacional. Así es como Segismundo Moret, que veía en Zaragoza la concreción del alma nacional, la ciudad de los mártires, el altar de los héroes y la representación

²⁸ «(Mis colegas del Gabinete y yo) nos hallamos conformes en considerar muy acertados y dignos de encomio los motivos que determinan a la Junta del Centenario a despojar la aludida conmemoración de cuanto pudiese entrañar significado adverso a un país con el que hoy nos unen fraternales vínculos. Parécenos sin embargo, que tal disposición de espíritu encontrará términos en que manifestarse sin que ni las fiestas ni la Exposición que se organiza para que coincida con las mismas revistan carácter hispano francés y que a la índole de los hechos cuyo imperecedero recuerdo se trata ahora de celebrar cuadra más bien llevarlo todo a cabo con elementos genuina y exclusivamente nacionales. El llamamiento a los sitiadores de hace un siglo para que en la ciudad sitiada y no vencida den muestra de sus progresos en el orden económico evidenciaría ciertamente que se borrarón los antiguos rencores; pero tal vez semejante colaboración de los dos países en obras de paz y de adelanto esté más en su lugar en otras circunstancias, ajenas ya a la necesidad en que se encuentran al presente España y Zaragoza de exaltar la veneranda memoria de las víctimas». Carta dirigida por el ministro Allendesalázar a Juan Tejón, con fecha del 28 de junio de 1907, en AGA, Asuntos Exteriores, IDD 304, caja 1288.

²⁹ *Heraldo de Aragón*, 19 de julio de 1908.

del amor y del sacrificio –móviles sagrados que dan como fruto la idea de Patria, termina precisando que este amor y este sacrificio son imposibles sin la fe.³⁰

Un punto de vista crítico sobre la operación conmemorativa: Eduardo Ibarra

En marzo de 1907, Eduardo Ibarra, catedrático de Historia universal de la Universidad de Zaragoza, editor de la *Revista aragonesa* y abogado del regionalismo aragonés, no oculta su escepticismo y su desconfianza frente al Centenario que se avecina.³¹ La atmósfera que envuelve al Centenario, dice, es de una frialdad desconsoladora –Mariano de Cavia dirá lo mismo acerca de Madrid un año más tarde– y teme que se reconduzcan las prácticas habituales en los centenarios que excluyen al pueblo, lo que en el caso de Zaragoza y de la Guerra de la Independencia no dejaría de quitarle todo su sentido a la conmemoración.³² Echa la culpa a las instituciones que no hicieron nada para mantener viva la memoria local –«Nunca se ha hecho la necesaria labor de propaganda y recuerdo de los sitios»– y a la escuela cuyos programas no abordan el siglo XIX. Sus propias iniciativas frente a la *Revista aragonesa* en 1902 y más tarde las de la Extensión universitaria en 1906-1907, para movilizar a la opinión popular se enfrentaron con un muro de indiferencia y fracasaron.

Esta experiencia lo lleva a defender una concepción muy exigente de la conmemoración del Centenario de la Guerra de la Independencia. En su opinión el Estado debía haber aprovechado el aniversario para hacer una labor de propaganda recordando a todos cómo España, en la adversidad, supo demostrar una vitalidad extraordinaria resistiendo a los invasores, lo que hubiera permitido «sacar las consecuencias de que no hay que perder la esperanza de futuras dichas por la Patria, sobre todo si va despertando la vitalidad en todos sus hijos y si evolucionan las

³⁰ «Zaragoza es la concreción del alma nacional. Si se habla de patriotismo, el escudo de Zaragoza reverdecerá el laurel de nuestra historia. Zaragoza es la ciudad de los mártires, el altar de los héroes, la representación del amor y del sacrificio, móviles sagrados que dan como fruto la idea de Patria. Si se habla de virtudes cívicas, Zaragoza representa el valor, la entereza, la virilidad, la energía de España. Aquí tenemos corazones fuertes, robustecidos por la fe sincera. [...] Porque el amor y el sacrificio son imposibles sin la fe» en la revista *Zaragoza*, «Homenaje a Moret», 16 de abril de 1907.

³¹ Eduardo Ibarra, «El Centenario de los Sitios y las clases populares», *Revista Aragonesa*, año I, n.º 2, 9 de marzo de 1907.

³² *Ibidem*: «El pueblo ve el desfile de vistosos cortejos, cívicas procesiones, en donde los tonos brillantes de los uniformes se confunden con los negros ropajes de los elementos civiles, en que brillan placas, bandas y medallas o las multicolores vestimentas eclesiásticas; todos aquellos señores pasan raudos, en coches, precedidos por la guardia municipal montada, escoltados a veces por fuerzas de caballería; se reúnen, hablan unos, aplauden los otros; al día siguiente, en la prensa, lee el pueblo reseñas encomiásticas de lo ocurrido y nada más».

formas políticas a compás con las nuevas necesidades».³³ Desgraciadamente, añade, el Poder central y los partidos turnantes, «faltos de arraigo en la masa social y llevando sobre sus hombros el peso abrumador de los mil problemas menudos que la centralización reúne en Madrid» ni se movilizaron ni se percataron de que estaban perdiendo una oportunidad única de hacer nación.

Ya que el gobierno no lo había hecho, le tocaba a Zaragoza llevar a cabo este trabajo de movilización de toda España pensando el Centenario de los Sitios «no como la conmemoración de un hecho semilocal sino [como] el símbolo de toda la lucha de la independencia». Para ello «era preciso no encerrarse en egoístas criterios de campanario, no pedir sólo para nosotros, solicitar la colaboración de todos los españoles, no con la lotería [...] sino llamando a todos los españoles a esta fiesta de la fraternidad, fraccionándola, si fuere preciso, yendo nosotros a Bailén y Gerona, aunque aquí hubiera residido, en nuestra Zaragoza, el centro de tan patriótico movimiento».

Sin embargo, no se hizo nada parecido: los responsables locales del Centenario limitaron la propaganda a la prensa local y la suscripción no dio resultado. En vez de volver a labrar el campo con más intensidad, se le declaró estéril y se optó por la facilidad: pedir dinero al gobierno.³⁴ Además, la subvención concedida por el gobierno a Zaragoza despertó la suspicacia, el recelo y aun la mala voluntad de localidades que habían sido también el teatro de hechos gloriosos pero que no disponían de diputados lo suficientemente influyentes para conseguir subvenciones (el caso de Molina de Aragón es una buena ilustración de los propósitos de Ibarra).³⁵ Todo aquello le llevaba a aseverar que «el Centenario estaba muerto, para ciertos fines», es decir como oportunidad de movilizar y reunir a la nación en torno a objetivos de futuro.

Conviene ahora apreciar este punto de vista a la luz de lo que fue la realidad del Centenario de los Sitios.

³³ Todas las citas que vienen a continuación están sacadas de *Revista Aragonesa*, n° 4-7, octubre de 1907.

³⁴ «Ha servido el donativo para que ciertos cariños a determinados personajes, harto decaídos, parecieran vigorizarse, alzándolos de nuevo sobre el pavés de nuestra representación. [...] El Estado, por influjo, principalmente según se dice, de quien iba a despedirse de Aragón, pudo conseguir una cantidad a guisa de indemnización por el abandono. Sombras venerandas de los sitiados, perdón!», *Revista Aragonesa*, n° 4-7, octubre de 1907.

³⁵ Ver por ejemplo los artículos que dedican al caso de la ciudad *ABC* (26 de agosto de 1910) y *Nuevo Mundo* (25 de agosto de 1910).

LAS MODALIDADES CONMEMORATIVAS

Si la conmemoración de los Sitios marcó la opinión nacional tal como lo refleja la prensa (desde el monárquico *ABC* hasta el republicano *El País*) y suscitó la admiración de España entera, fue porque se desarrolló en dos direcciones muy distintas: al lado de los números tradicionales que miraban al pasado –homenajes a los héroes patrios, con los que se intentó asociar al pueblo, ceremonias cívico-religiosas, etc.– apareció en Zaragoza una concepción muy moderna que apostaba por el futuro y cobró la forma de una Exposición Hispano-Francesa y de una multitud de congresos y asambleas que traducían las preocupaciones modernizadoras de una parte de los promotores.

La organización general

Históricamente, la Junta Magna, creada en mayo de 1902 por iniciativa de las elites políticas y económicas locales, y especialmente de la Real Sociedad Económica cuyos socios eran todos de derecho miembros fundadores, es la que pilota oficialmente la operación conmemorativa. Cuando el Estado se implica en el Centenario, cambia su composición y pasa a reunir a las fuerzas vivas de la región, entre ellas la Municipalidad de Zaragoza, representada por su alcalde, Antonio Fleta en 1908, y todos los concejales.³⁶

Pero, de hecho, es la Comisión Ejecutiva del Centenario, un puñado de hombres salidos de la Económica –Florencio Jardiel y el Vizconde de Espés, respectivamente director y secretario de la Económica– o de las filas conservadoras del liberalismo –Mariano Pano y Ruata, Mario de la Sala, el alcalde Antonio Fleta y algunos concejales conservadores– quienes llevan la batuta. Estos «cuatro señores que tienen dentro de su cerebro ideas apollilladas» son los que lo deciden todo y llevan políticamente la conmemoración.³⁷ Ellos, por ejemplo, son los que controlan y se ocupan de los lugares de la memoria, seleccionando entre los proyectos de monumentos, eligiendo su ubicación en la ciudad pero decidiendo también quién se merece una lápida.³⁸ Desde marzo de 1907, la Comisión está bajo la presidencia del Comisario Real, encargado de fiscalizar sus decisiones, pero éste interviene poco y suele dar rienda suelta a su vice-

³⁶ Decreto del 20 de junio de 1907 que da a la Junta una dimensión regional.

³⁷ *El Heraldo de Aragón*, 29 de mayo de 1907 y 4 de junio de 1907, a propósito de la tentativa de la Comisión Ejecutiva de eliminar la dimensión francesa de la Exposición programada por Paraíso.

³⁸ Es la Comisión quien escoge entre los cuatro proyectos de monumentos presentados por Querol. Es ella quien decide levantar el monumento a los Sitios en el recinto de la Exposición (la futura Plaza de los Sitios). Ver *El Heraldo de Aragón*, 8, 9, 11 de agosto de 1907. Para las lápidas, ver en el mismo periódico los artículos de los 19 y 20 de agosto de 1907.

presidente, Florencio Jardiel, excepto en caso de conflictos, como el que opuso a la Comisión Ejecutiva con el Comité Ejecutivo de la Exposición en mayo de 1907.

Este otro órgano directivo importante del Centenario, presidido por Basilio Paraíso, tiene una concepción muy distinta de la conmemoración. Sus miembros no son de esos idólatras de la Historia que desean limitar la conmemoración a la celebración de los héroes y que, al echar una mirada nostálgica a aquella edad de oro, no incitan la opinión a enfrentarse con la realidad de la decadencia del país. Lo que pretenden ellos es redimir a España por el trabajo, honrar a los muertos pero también pensar en los vivos y manifestar, por «algún acto viril de empeño» que sirva de ejemplo a las generaciones presentes y por venir, la voluntad de Aragón –entiéndase del mundo del trabajo y de la industria– de inscribirse en la vía del progreso y de la vida. Esta tendencia se encarna en el proyecto de la Exposición Hispano-Francesa y en la voluntad de celebrar el progreso, la educación y la paz a través de una serie de congresos y asambleas.³⁹

Las dos concepciones chocan a finales de mayo de 1907, cuando la Comisión presidida por Jardiel vuelve a discutir la dimensión francesa de la Exposición a favor de la cual se había pronunciado ya la Junta Magna. Las dimisiones de Basilio Paraíso y Amado Laguna (presidente de la sección Finanzas de la Exposición) abren una grave crisis que se resuelve finalmente con la decisión de la Junta de librar al Comité Ejecutivo de la Exposición de la tutela de la Comisión Ejecutiva. Paraíso conquista entonces una independencia de funcionamiento celebrada por gran parte de la prensa nacional, que ve en ello el triunfo de la modernidad.⁴⁰

Las tensiones que atraviesan el dispositivo organizativo son perceptibles también a nivel del Ayuntamiento que, por ser republicano, está excluido de las principales instancias rectoras: por ejemplo es la minoría conservadora (Fleta, García Burriel, Allánegui, Gaspar, Cerezuela) la que representa al Ayuntamiento en la Comisión Ejecutiva en 1908. El Centenario se le escapa de las manos y el único terreno en que puede rivalizar el Ayuntamiento republicano con la Comisión Ejecutiva y la Junta es el de los festejos populares que desea y consigue imponer en

³⁹ *Revista Aragonesa*, n.º 4-7, 1907, p. 239.

⁴⁰ Para la crisis, ver *Heraldo de Aragón*, 29 y 31 de mayo; 1, 2, 4, 6, 8 y 12 de junio de 1907. Según *Heraldo*, la Comisión, y especialmente el vizconde de Espés y Pano y Ruata, «tiene la voluntad de mantener la enemiga contra los franceses, de no fraternizar con un pueblo que nos abre los brazos, de petrificarnos en una edad que ya pasó volviendo la cara a la nación hermana, refugio de toda libertad y alma de todo progreso». A lo que responde la Comisión (31 de mayo): «en Francia no existe sino la libertad del mal, la libertad del vicio, la libertad de la iniquidad, la libertad de la masonería, la libertad de todo lo que es contrario y enemigo del nombre de Cristo».

mayor número, como se verá a continuación con el examen detallado de las modalidades de la conmemoración.⁴¹

Las modalidades tradicionales

Si el número y la variedad de los actos conmemorativos que marcan el Centenario en Zaragoza constituyen un hecho notable, gran parte de estos actos siguen modalidades ya tradicionales en aquel entonces –lo cual no significa que su contenido sea forzosamente de carácter conservador.

Los monumentos y las lápidas

Elementos esenciales de la conmemoración, los monumentos articulaban de la manera más eficaz la mirada hacia el pasado con la renovación urbanística de la ciudad. A principios del siglo XIX, Zaragoza sufría cierto retraso respecto a otras capitales de provincia: sólo contaba con el monumento a Ramón de Pignatelli, erigido en 1859, y no se había sumado todavía a la «fiebre estatuaría» que se extendía por toda la península. Muy poco antes del Centenario, sin embargo, los monumentos al Justiciazgo y a los Mártires de la religión y de la patria, inaugurados ambos en 1904, habían suscitado polémicas. Florencio Jardiel y el vizconde de Espés se habían opuesto con éxito a quienes pretendían levantar el monumento al Justiciazgo en la plaza de la Constitución, en el lugar ocupado antaño por la Cruz del Coso (mandada destruir en 1835). En este emplazamiento fue precisamente donde se erigió el monumento a los Mártires de la religión y de la patria. Si este monumento proclamaba bien claro la indisoluble alianza entre patriotismo y fe católica, su iconografía no dejaba de presentar cierta ambigüedad, subrayada en estos términos por Valenzuela de la Rosa:

Los mártires morían piadosamente para testimoniar su ardiente fe, sin defenderse nunca de la crueldad de sus extraviados hermanos. La figura de Querol es indiscutiblemente un héroe de la independencia patria, uno de aquellos bravos que pelearon hasta morir contra las huestes de Napoleón, pero nada

⁴¹ Una ilustración de estas tensiones en el *Heraldo de Aragón* de los 2, 9 y 10 de mayo de 1908. Frente a los ataques repetidos de *Heraldo*, que acusa al Ayuntamiento y a los concejales republicanos de haber hecho poco para el Centenario, Antonio Palacio (mayoría republicana) responde en un comunicado de prensa que las subvenciones del Estado fueron a parar a manos de la Junta Magna y no a las del Ayuntamiento, que las circunstancias imponen un unanimismo que les impide criticar al alcalde so pena de ser tachados de antipatriotas, y que se levantaron muchos obstáculos a la acción del Ayuntamiento republicano. Para los múltiples problemas encontrados por el Ayuntamiento para afirmarse como tal, ver AMZ, Instrucción, Exp. 149, 870, 1389. Para las fiestas populares, ver AMZ, 1908, Estadística, Exp. 497.

nos dice de los antiguos mártires cristianos, de los que perecían con la sonrisa en los labios sin dar muestras de dolor y orando por la salvación de sus asesinos.⁴²

En realidad, si bien Florencio Jardiel, uno de sus principales promotores, había disociado este monumento del proyectado para conmemorar los Sitios, no cabe duda que se trataba de afianzar en el espacio público una lectura de la Guerra de la Independencia en clave conservadora y católica.

Habiéndole regalado Querol a Zaragoza el monumento a los Mártires, la Junta Magna, que recogió el proyecto de monumento a los Sitios que la Academia de San Luis había procurado impulsar anteriormente, confió en 1907 al escultor catalán la tarea de realizarlo. La lógica proximidad estética entre los dos monumentos no significó una continuidad ideológica. En efecto, la religión estaba casi por completo ausente del monumento a los Sitios, inaugurado en los terrenos que ocupaban la huerta de Santa Engracia el 28 de octubre de 1908, en el que el escultor consiguió fundir las hazañas individuales de Agustina de Aragón, de la condesa de Bureta y de Palafox en el heroísmo colectivo de los zaragozanos –tanto femenino como masculino–, rematando el monumento con una alegoría de la ciudad⁴³. El énfasis puesto en la dimensión colectiva y popular de la resistencia a los franceses llamaba particularmente la atención de los observadores:

[...] se ven en lugar preeminente personas de indumentaria multiforme, indumentaria en la que escasean los distintivos militares; [...] las mujeres, los niños, los viejos también engrosan el tropel; ellos lo llenan todo, basamento, pedestal; ellos son los verdaderos héroes... ¡ellos son el pueblo!, sin cuya abnegación, sin cuyo empuje no se hubieran singularizado, ni Palafox, ni Boggiero, ni ninguno de los héroes que lograron destacarse y que en el monumento aparecen mezclados entre anónimos valientes.⁴⁴

Con el otro monumento destacado del Centenario, inaugurado el 29 de octubre, Zaragoza rendía homenaje a la más popular heroína de los Sitios, Agustina de Aragón. Obra del afamado escultor Mariano Benlliure, el monumento se erigió en la plaza del Portillo. Lejos de exaltar exclusivamente el heroísmo individual de Agustina, el monumento la asociaba con la bravura popular colectiva encarnada por la figura del baturro. Dos

⁴² Wifredo Rincón García, *Un siglo de escultura en Zaragoza (1808-1908)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1984, p. 198.

⁴³ Véase la descripción detallada del monumento en el *Heraldo de Aragón*, 19 de octubre de 1908.

⁴⁴ Uvencio, «Querol y Benlliure», *Revista Aragonesa*, n° 4-7, 1907, p. 307.

bajorrelieves, en el pedestal, presentaban a modo de medallones los retratos de otras seis heroínas de los Sitios, tanto de origen humilde como Manuela Sancho, Casta Álvarez y María Agustín, como procedentes de la nobleza –la condesa de Bureta, Josefa Amar y Borbón– y del clero –la madre Rafols. Esta forma de hermanar al clero y a la nobleza en la resistencia contra las tropas francesas atenuaba la dimensión popular de la gesta, encarnada por Agustina y la figura del baturro, y la ceremonia de la inauguración procuró evocar esta armonía social mediante la presencia de cuatro señoras que presidían el acto: por el Pueblo, la esposa del alcalde; por la Religión, la Superiora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana; por el Ejército, la mujer del capitán general, y por la Aristocracia, la condesa de Bureta.⁴⁵ No obstante, cabe subrayar la modernidad inédita que suponía la exclusiva exaltación, en un monumento, del protagonismo femenino en la Guerra de la Independencia.⁴⁶

Mucho más modesto resultaba el primer monumento del Centenario, inaugurado en la fecha aniversario de la batalla de las Eras, el 14 de junio, dedicado a tres héroes: el padre Boggiero, el presbítero Santiago Sas y el barón de Warsage. Este monumento, que se reducía a una simple cruz, se edificó en el puente de Piedra, lugar de su muerte. La naturaleza del monumento y la elección de los héroes homenajeados ponían claramente de relieve el componente religioso en la lucha contra los franceses, como lo subrayaba también la inscripción, que se concluía con la significativa exclamación «¡Honor a los héroes y gloria a los mártires!».

Inaugurado el 29 de enero de 1909, el obelisco a los defensores del reducto del Pilar, erigido a corta distancia del lugar de los combates, rendía otro homenaje al valor de los zaragozanos, relacionándolo estrechamente con la fe («Morir por la Virgen del Pilar o vencer», rezaba la inscripción) y con el protagonismo del Ejército en la resistencia a los franceses.⁴⁷

Una serie de lápidas colocadas en las fachadas de las casas de varios héroes (Palafox, el brigadier Antonio Torres, la condesa de Bureta, el «tío Jorge», etc.) completaban el proceso de inscripción de la memoria de los Sitios en el entramado urbano.

En el marco de estos homenajes a los defensores de Zaragoza se ha de situar también el traslado de los restos de Agustina de Aragón, Casta Álvarez y Manuela Sancho a un mausoleo construido en una capilla de la iglesia del Portillo.

⁴⁵ Wifredo Rincón García, *op. cit.*, p. 212.

⁴⁶ El único antecedente parece ser la estatua clásica regalada por Isabel II a la ciudad de Bailén: se convirtió en un monumento que evocaba la figura de María Bellido.

⁴⁷ José Blasco Ijazo, «Monumentos conmemorativos (3): Los dos últimos monumentos conmemorativos de la gloriosa epopeya y otro que recuerda la grandiosa Exposición Hispano-Francesa de 1908», *Aquí Zaragoza*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1950, Vol. IV, pp. 31-38.

Ceremonias y fiestas

En el calendario de las conmemoraciones del Centenario se destacan algunos momentos fuertes, marcados por ceremonias solemnes, pero se observan también fiestas de carácter popular. Como lo reflejaron los periódicos locales y nacionales, las dos visitas del Rey a Zaragoza (los 14-15 de junio y los 28-29 de octubre) acompañaron a los actos con mayor peso simbólico: inauguración de monumentos y de lápidas, ceremonias religiosas a la memoria de los héroes, procesión cívica para el traslado de los restos de las heroínas a la iglesia del Portillo... La presencia del Rey, de algunos miembros de la familia real, y de varios ministros en estas ceremonias constituía el signo más patente, para los aragoneses, de la dimensión nacional del Centenario de los Sitios.

No menos importantes para el éxito del Centenario fueron las fiestas populares que se organizaron recurriendo tanto a las tradicionales comparsas de gigantes y cabezudos, a los fuegos artificiales y disparos de bombas, a las batallas de serpentinas y confetti, a los conciertos y bailes populares, o a las corridas de toros como a las más novedosas iluminaciones de ciertas calles y plazas mediante arcos fotovoltaicos, carreras de motocicletas y bicicletas o proyecciones cinematográficas al aire libre. Particularmente deseoso de conseguir que el pueblo zaragozano se sintiera protagonista del evento, el ayuntamiento republicano añadió a los diez días de fiesta inicialmente previstos para la inauguración del Centenario seis días de fiestas laicas (del 12 al 18 de mayo) en los populares barrios de Torrero, Arrabal, Portillo y Cunchillos –olvidados por la Comisión de festejos de la Junta según la mayoría republicana– que corrieron totalmente a cargo del municipio a pesar del mal estado de las finanzas.⁴⁸

La iluminación del Pilar

¿Se podía conmemorar el Centenario sin que la Virgen del Pilar estuviese en el centro del dispositivo festivo? En ningún caso, según José Nasarre, miembro de la Comisión de festejos de la Junta, quien propuso iluminar el Pilar, argumentando que «la devoción y la fe fueron factores importantísimos durante los días de resistencia».⁴⁹ La subcomisión creada para recaudar fondos lanzó una suscripción popular que dio buenos resultados, permitiendo que se iluminara el Pilar los 14, 15, 18 de mayo, los 14 y 18 de junio, y de nuevo en el mes de octubre. De hecho, no se trataba de una simple iluminación, ya que se adornó la iglesia con em-

⁴⁸ Para ello el Ayuntamiento concedió un presupuesto extraordinario de 30.000 pesetas (AMZ, 1908, Estadística, Exp. 501). También se distribuyeron 12.000 bonos a los pobres por un valor de 3.000 pesetas (Sesión ordinaria del Concejo, 8 de Abril de 1908).

⁴⁹ *El Heraldo de Aragón*, 13 de diciembre de 1907. En este artículo se describen las iluminaciones previstas.

blemas históricos y religiosos: la cruz blanca del primer rey de Aragón junto a las cruces rojas de Santiago y San Jorge; las doce estrellas de la corona de la Virgen junto a granadas que simbolizaban el bombardeo de la ciudad en 1808 y 1809...

La modernidad

La Exposición Hispano-Francesa

A todas luces, la modernidad se encarnaba en la magna Exposición organizada por Basilio Paraíso, quedando relegado a un segundo plano el resto del Centenario. Inaugurada el primero de mayo y clausurada el 5 de diciembre, era la expresión de la corriente regeneracionista y de una nueva concepción del patriotismo: un patriotismo constructivo y dinámico que miraba hacia el porvenir. En vez de recordar con nostalgia las glorias pasadas, Paraíso invitaba España a sellar una unión fraternal con el enemigo de antaño: «el pueblo francés, nuestro vecino y hermano que económica y políticamente ha de ser nuestro amigo».⁵⁰

Moderna por sus objetivos –celebrar el triunfo de la paz, del arte y del progreso, como rezaban los folletos publicitarios–, la Exposición lo era también por su misma concepción, al haber sido diseñada por Paraíso como una auténtica empresa comercial: se trataba de rentabilizar el paso del visitante por el recinto de la Exposición, multiplicando las diversiones como el «ilusionrama», las montañas rusas, los conciertos, el casino, etc. Y de hecho, la Exposición clausuró con un saldo positivo, lo que le permitió legar a la ciudad más de 160.000 pesetas en efectivo y el edificio del Gran Casino, que habría de convertirse en Palacio de la Música.⁵¹

Pero la modernidad también se reflejaba claramente en determinadas secciones de la Exposición: junto a las tradicionales secciones dedicadas a la agricultura, a la alimentación y a diversas industrias, aparecían otras dedicadas a la pedagogía, a la higiene, o incluso a temas de economía social como la protección de la infancia obrera, la remuneración del trabajo, la participación en los beneficios, las habitaciones obreras, la seguridad de los talleres, la reglamentación del trabajo, las instituciones para el desarrollo intelectual y moral de los obreros, etc. La presencia de estas cuestiones en la Exposición demuestra el interés de sus organizadores por animar una reflexión sobre la construcción de una España socialmente más armoniosa. De ahí que entre los exponentes figuraran 316 sociedades mutuas, 50 sindicatos agrícolas, 46 cajas agrícolas, 30 escuelas obreras, 16 centros obreros, 10 cooperativas

⁵⁰ Cita en Rafael Pamplona Escudero, *Libro de oro de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Crónica ilustrada*, Zaragoza, 1911, p. 119.

⁵¹ Las cuentas de la Exposición en *ibidem*, pp. 337-340.

de consumo, 5 instituciones para la construcción de casas baratas, o el importante Instituto de Reformas Sociales. Por supuesto, predominaban las organizaciones católicas, y la UGT estaba ausente, motivo suficiente para que un obrero pudiera decir irónicamente a propósito de la Exposición: «¿Dónde está la sala de la propaganda católica?». ⁵²

Gracias a la Exposición, toda la ciudad entraba en la modernidad y en el siglo XX. Se aceleraba la urbanización con el nuevo barrio de Santa Engracia, surgían hoteles dotados del confort más reciente, nuevos cafés, etc. En la arquitectura, el estilo modernista adoptado para varios pabellones de la Exposición seducía cada vez más a la burguesía progresista zaragozana. Incluso los usos y costumbres se transformaban, con la multiplicación de las fiestas y de los lugares destinados al ocio. Tanto que la derecha católica lanzó una campaña en *El Noticiero* y *Anales del Pilar* para censurar la conducta de aquellas mujeres que asistían a las fiestas del Gran Casino. La emoción suscitada por la campaña de difamación provocó una reacción del ayuntamiento que aprobó de forma unánime una moción del republicano Laborda en la que, además de renovar los loores a la Exposición y a sus gestores, se contemplaba la organización, en el recinto de la Exposición, de un homenaje a la mujer zaragozana «honrada y patriótica hoy como ayer». ⁵³

Los congresos y las asambleas

Los múltiples congresos y asambleas que se celebraron en el marco de la Exposición constituyeron otra prueba de la voluntad proclamada por Paraíso y de sus colaboradores de aprovechar el Centenario para llevar a cabo una reflexión sobre la España de 1908 y dinamizar las energías locales, movilizandando las competencias para preparar el porvenir.

Entre los más notables, tanto por el número de participantes (más de 2.000) como por su planteamiento, característico de ese espíritu de modernidad, figuró el Congreso de la recién estrenada Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, clausurado por el Rey el 29 de octubre. ⁵⁴ La amplitud de las temáticas abordadas refleja la ambición de los organizadores: agricultura (Congreso Nacional Agrícola, presidido por Canalejas), turismo (Congreso del Turismo –sic–), comercio

⁵² Citado por Adolfo Álvarez Buylla, en «La Economía Social en la Exposición», *Revista aragonesa*, n° 16-21, número extraordinario consagrado a la Exposición Hispano-Francesa, Zaragoza, 1908, pp. 114-115.

⁵³ *Heraldo de Aragón*, 20, 22 y 23 de julio de 1908. AMZ, general indeterminado, exp. 1501.

⁵⁴ Mariano Hormigón Blánquez, *op. cit.*, vol II, p.109. Ver también el artículo de José Valenzuela de la Rosa publicado en el n° 4337 de *El Heraldo de Aragón*, «La Exposición y el Centenario: balance de los acontecimientos», también publicado en *Revista aragonesa*, n° 16-21, número extraordinario consagrado a la Exposición Hispano-Francesa, Zaragoza, 1908, pp. 6-13.

(Congreso Pericial Mercantil, Congreso de la Exportación), enseñanza (Asamblea de Maestros Interinos), sanidad (Congreso Antituberculoso). Varias asambleas más reunieron a otros actores sociales susceptibles de contribuir a esta dinámica de progreso: Asamblea de las Cooperativas, Asamblea de las Cámaras de Comercio, Asamblea de Secretarios de Ayuntamiento, etc. También se celebró un Congreso Histórico Internacional sobre la Guerra de la Independencia, pero si tuvo cierto alcance diplomático (reunió a representantes de China, EE. UU., Guatemala, Italia, Portugal, Suecia, Francia, etc.) no permitió renovar mucho el conocimiento de la guerra y de su época.

LA REACCIÓN DEL NACIONALISMO CATÓLICO CONSERVADOR

Frente al empuje demostrado por quienes proyectaban, en particular a través de la Exposición, una visión de futuro moderna y laica, no podían permanecer inertes los partidarios de un nacionalismo católico y conservador. Lógicamente, su reacción se expresó desde sus propios lugares de poder: el Pilar (de visita obligada para quien acudía a las fiestas del Centenario), la Comisión Ejecutiva, las ceremonias religiosas y los discursos que se pronunciaban, por ejemplo, con motivo de las inauguraciones de los monumentos. Pero incluso consiguieron encontrar cabida en la Exposición, a través de ciertos congresos y asambleas, y sobre todo gracias a la Exposición Mariana, montada en un tiempo récord. Las fiestas parroquiales, como lo veremos, constituyeron otro cauce para difundir una lectura conservadora y católica del Centenario de los Sitios.

En la Exposición

Si la imagen que se desprendió claramente de la Exposición Hispano-Francesa fue la del progreso y de la modernidad, sería erróneo considerarla como un todo ideológicamente homogéneo. La Exposición de Arte Retrospectivo, impulsada por el arzobispo Soldevila, aparecía como una concesión hecha a los conservadores. Su principal organizador, el canónigo Francisco de Paula Moreno, orientó el trabajo de esta sección en un sentido que tendía a privilegiar el arte religioso. Entre las 2.165 obras expuestas, abundaban no sólo pinturas y esculturas de temática religiosa (lo cual podía justificarse por el predominio abrumador de estas producciones en la historia del arte español), sino custodias, cruces o relicarios. Estas obras procedían de colecciones particulares, de la Real Casa y de determinados museos, pero también y sobre todo de iglesias y monasterios, directamente solicitados a través del *Boletín Eclesiástico*.⁵⁵ El propósito declarado consistía en dar a conocer las riquezas artísticas

⁵⁵ «La Exposición de Arte Retrospectivo. Bases y organización», *Revista Aragonesa*, n° 4-7, 1907, pp. 254-257.

nacionales a la par que se celebraba la grandeza histórica de la patria.⁵⁶ La procedencia aragonesa de la mayoría de las obras permitía también, como en el resto de la Exposición, hacer resaltar las riquezas de la provincia.⁵⁷

No obstante, esta Exposición de Arte Retrospectivo no ofrecía un discurso unívoco y no se ha de oponer de modo simplista a la Exposición de Arte Contemporáneo: su misma existencia constituía más bien un signo de modernidad, ya que evocaba directamente las que, muy recientemente y con idéntica denominación, se habían incluido en la Exposición Universal de Barcelona y en la celebración del cuarto Centenario de Colón en Madrid.⁵⁸ Algunos comentaristas veían en esta Exposición la demostración de que, tras décadas de una desidia que había favorecido el saqueo del patrimonio nacional por los extranjeros, España se sumaba de forma activa a la moderna preocupación por la protección de sus bienes artísticos. Además, se trataba de crear un espacio en el que las obras expuestas no fuesen simplemente objeto de admiración sino «fuentes de inspiración y de enseñanza».⁵⁹ Sincero o no, el deseo de facilitar al pueblo el acercamiento al arte se expresaba a las claras: «En una palabra, la Exposición de arte retrospectivo, no es sólo una fiesta para los eruditos caprichosos, sino un brillante espectáculo organizado en beneficio del pueblo».⁶⁰

⁵⁶ «[...] revivirá el amor patrio, la grandeza de nuestro pasado y la gloria de España ante el mundo civilizado [...]» (*ibid.*). «[...] el arte nacional que transportaba nuestros espíritus y les hacía penetrar en lo más íntimo del corazón y de la inteligencia de un gran pueblo. El Cid triunfante en las llanuras de Castilla, Alfonso I tremolando en Zaragoza los pendones de Santa María, Jaime I llevando a Valencia y a las Baleares las huestes aragonesas, las naves catalanas surcando el Mediterráneo y transformándolo en mar aragonés; Alfonso V prisionero y vencedor en Nápoles, Isabel y Fernando plantando la cruz sobre los minaretes de Granada, Cristóbal Colón abriendo a la fé y a la cultura las selvas americanas.» (Mariano de Pano y Ruata, *Catálogo de la Exposición retrospectiva de arte de 1908, Zaragoza, Tip. La Editorial*, p. 2).

⁵⁷ Insiste en este aspecto un artículo titulado «Nuestro arte», publicado en *El Heraldo de Aragón* del 7 de abril de 1908. «Renace por momentos Aragón a la vida moderna; el espíritu de asociación multiplica en él los esfuerzos y las aptitudes; cunden por todas partes saludables iniciativas; para favorecer este movimiento es de toda urgencia y de toda precisión que el arte regional salga de los archivos donde vive escondido, de la penumbra de los oscuros recintos donde yace a veces olvidado y del abandono en que nosotros mismos muchas veces lo tenemos. He aquí la razón suprema de esta publicación artística.» (Mariano de Pano y Ruata, *Catálogo de la Exposición retrospectiva de arte de 1908, Zaragoza, Tip. La Editorial*, p. 3).

⁵⁸ El mismo F. de P. Moreno se había ocupado de la Exposición Retrospectiva del Centenario de Colón.

⁵⁹ José Valenzuela La Rosa, «La Exposición de arte retrospectivo», *Revista Aragonesa*, n° 4-7, 1907, pp. 249-253 (cita p. 252).

⁶⁰ *Ibidem.*

En cuanto a la lógica presencia de una sala dedicada a Goya, no bastaba para avalar el carácter avanzado de los organizadores, aunque sí para suscitar esta sorprendente y significativa diatriba en el mismo *Libro de oro de la Exposición*:

Goya es un pintor político; es un símbolo de las izquierdas, como lo son Servet y Galileo, pero si Servet y Galileo son dos sabios, Goya no pasa de ser un cínico [...]. Goya lo detestaba todo: detestaba a la Humanidad, y eligió siempre tipos innobles [...].⁶¹

La expresión más clara del catolicismo conservador en la Exposición Hispano-Francesa la brindó el pabellón de la Exposición Mariana. Por muy lógica que fuese la integración del homenaje a la Virgen del Pilar en las festividades del Centenario, no deja de sorprender que llegase a formar parte de la Exposición, siendo como un cuerpo extraño en la magna feria del progreso impulsada por Paraíso. Surgido apenas dos meses antes de la apertura de la Exposición, este proyecto se hizo muy pronto realidad gracias a los fondos y objetos facilitados por varias instituciones eclesiásticas y generosos coleccionistas, con lo cual el arzobispo pudo inaugurar el pabellón (con aspecto de templo) el 13 de junio. El impulsor del proyecto fue José María Azara y Vicente, el fundador de los Sindicatos Agrícolas Católicos en Aragón, ayudado por el canónigo Santiago Guallar y por Mariano Baselga y Ramírez, director del Banco de Crédito de Zaragoza.⁶² Azara, quien se dedicaba a promover y extender la devoción a la Virgen del Pilar, era también el fundador de los *Anales del Pilar*, periódico que había propuesto «levantar, en [ese] terreno, una construcción que dominara, por su altura, á las demás de la Exposición». En un contexto de afirmación del anticlericalismo republicano y frente a la propuesta de un nacionalismo laico y moderno encarnado en la Exposición, Azara estimaba que «la Exposición Mariana [era] oportuna, conveniente y hasta necesaria, en las presentes circunstancias».⁶³

Los congresos y asambleas eran también para ellos otros instrumentos de resistencia a la modernidad ambiente. Tanto la Asamblea de la Buena Prensa (a la que acudieron periódicos como *La semana católica* de Salamanca o *El Promotor de la devoción a la Sagrada Familia* de

⁶¹ Juan Moneva y Puyol, «La Exposición de arte retrospectivo» en, Rafael Pamplona Escudero, (dir.) *Libro de oro de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Crónica ilustrada*, Zaragoza, 1911, p. 242.

⁶² José Sinués y Urbiola, *Las secciones retrospectiva y mariana de la Exposición de 1908 y algunas ideas sobre el proyecto de actos conmemorativos del cincuentenario. Conmemoración del Cincuentenario de la Exposición hispano-francesa de 1908, CL Aniversario de los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1956.

⁶³ *El Gancho*, número ilustrado conmemorativo del Centenario de los Sitios, octubre de 1908, p. 12.

Palencia) como el Congreso Pedagógico o la Asamblea de las Reales Sociedades Económicas apuntaban a reafirmar la necesidad de defender los valores cristianos en la sociedad. Pero lo más espectacular fue el IV Congreso Internacional Mariano que, con motivo del 50 aniversario de las apariciones de la Virgen en Lourdes, se celebró del 26 al 29 de septiembre en Zaragoza. Reunió a 4.500 participantes entre los cuales estaba la flor y nata de la jerarquía eclesiástica. Especial protagonismo tuvo en este Congreso la crítica de las costumbres modernas. De ahí que se produjeran fuertes tensiones entre aquellos que gritaban «Viva el Papa Rey» y los que contestaban «Viva la República».⁶⁴

Las fiestas parroquiales o la resistencia del nacionalismo católico y populista

Los 3, 4 y 5 de agosto, la parroquia de San Pablo celebró las festividades tradicionales de su patrona, la Virgen del Pópulo, pero, con motivo del Centenario, organizó festejos especiales en honor de la Virgen del Pilar y de los héroes de los Sitios, combinando así plenamente religión y patriotismo.⁶⁵ Por otra parte, los 2 y 3 de octubre, las parroquias de San Gil, San Miguel, La Seo y La Magdalena, deseosas también de participar en el Centenario con algún acto cívico-religioso, improvisaron unos festejos que en ese caso no se apoyaban en ninguna tradición y que sólo las circunstancias políticas parecen haber motivado. Conviene por lo tanto interrogarse sobre la repentina aparición de estas fiestas parroquiales y sobre su significado.

El carácter tradicional de las festividades de la parroquia de San Pablo, que explicaba el apoyo del Ayuntamiento (asistencia de varios concejales republicanos, presencia de la guardia municipal, subvención de 500 pesetas), fue aprovechado por la Comisión Ejecutiva para revigoriar un patriotismo anclado en la fe y una concepción populista (baturra) de la patria que hiciera de contrapeso a la conmemoración demasiado moderna y laica que estaba triunfando con la Exposición.

Los objetivos proclamados incluían un homenaje al ejército que contrastaba con el poco realce que se le dio en el resto del Centenario: «[El programa de festejos] responde al deseo de enlazar, tal como íntimamente estuvieron un siglo atrás, al pueblo y al Ejército, sin clases ni

⁶⁴ En el *Heraldo de Aragón* del 26 de septiembre de 1908, se puede leer que el arzobispo Soldevila protestó enérgicamente contra «el modernismo en las costumbres, el cual no entrará en España debido a las enseñanzas de la Iglesia». Unos incidentes similares ocurridos el 20 de septiembre con motivo de la procesión de la Adoración nocturna (que reunió a 8.000 personas), llevaron a la detención del concejal republicano Ángel Laborda por haber lanzado «gritos subversivos», el cual fue cesado de su cargo por el gobernador civil.

⁶⁵ Salvo indicación contraria, las informaciones proceden de *El Gancho*, número ilustrado conmemorativo del Centenario de los Sitios, octubre de 1908.

alturas que rompiesen la homogeneidad». De hecho, la parte más solemne de los festejos consistió en izar la bandera española en la torre de la iglesia de San Pablo, en presencia de las Autoridades civiles, militares y eclesiásticas. También se descubrió una lápida en honor de la guarnición de Zaragoza (en el castillo de la Aljafería), y en la puerta del Carmen –desatendida por las ceremonias oficiales– se cantó un responso por las almas de los combatientes que allí fallecieron. Los colores nacionales se lucieron además en la procesión cívico-religiosa, pero mezclados entre estandartes y banderas religiosas de las congregaciones y cofradías, mucho más numerosas. En la carroza alegórica que transportaba la Virgen del Pópulo, patrona de la parroquia, iban «cuatro jóvenes representando á las herofinas condesa de Bureta, Agustina Zaragoza, Manuela Sancho y Casta Álvarez, muy bien vestidas con traje de época»: la nobleza y el pueblo unidos en la lucha contra el enemigo. Como era de esperar, los demás héroes homenajeados durante estas ceremonias permitieron insistir en la dimensión religiosa de la Guerra de la Independencia: el Padre Boggiero y la Madre Rafols, en cuyo honor se descubrieron lápidas, ejemplificaban perfectamente la asociación entre la fe y la defensa de la patria. Mientras que la Exposición Hispano-Francesa abogaba por la fraternidad entre los dos países, estas fiestas parroquiales conmemoraban la heroica resistencia contra los enemigos de la religión y de la patria. Un arco erigido por la parroquia de San Pablo en honor de los parroquianos héroes de los Sitios recordaba mediante dos inscripciones («paz y capitulación», «guerra y cuchillo») la exaltación antifrancesa de la guerra, simbolizada por el famoso desafío mutuo de Verdier y Palafox. A este patriotismo con tintes xenófobos se añadía la manifestación del orgullo baturro, que se expresó por ejemplo a través de la «gran Jota de los Sitios» o de la «típica comida baturra» celebrada en la posada de las Almas que constituyó el «digno epílogo de los patrióticos festejos celebrados en la parroquia de San Pablo».

Si los festejos de la parroquia de San Pablo pueden considerarse como un simple aprovechamiento de unas ceremonias tradicionales por las fuerzas católico conservadoras, en cambio los que organizaron las parroquias de San Gil, La Seo, San Miguel y la Magdalena los 2 y 3 de octubre se crearon *ex nihilo* para el Centenario.⁶⁶ A pesar de la falta de entusiasmo de los parroquianos –sólo acudieron los curas a la convocatoria que había lanzado para el 20 de agosto–, Jardiel se empeñó y consiguió llevar a cabo su proyecto. De hecho, Jardiel y la Sociedad Económica Aragonesa eran los verdaderos impulsores del evento. De nuevo se procuró manifestar de forma espectacular la indisoluble unión de la religión y de la patria. En el momento culminante de la ceremonia religiosa inicial, «las bandas de música que aguardaban á la puerta de la

⁶⁶ *Heraldo de Aragón*, 21 de agosto y 3 de octubre de 1908.

iglesia tocaron la marcha Real: numerosas bombas reales estallaron con formidable estruendo en los aires, y flameó en lo alto de las torres de las cuatro parroquias la enseña de la Patria, cuya aparición fue acogida en los cuatro barrios con numerosos aplausos». Por la tarde del primer día, se descubrieron lápidas en honor del carpintero José de Lahera y del periodista Asso, presentados como modelos de patriotismo. Al día siguiente tuvo lugar el acto más relevante de estos festejos: la procesión cívico religiosa que, partiendo de la iglesia de San Carlos, se dirigió a la plaza de la Constitución donde se descubrió una lápida conmemorativa colocada en el monumento a los Mártires de la religión y de la patria. El discurso que pronunció Jardiel con motivo de esta ceremonia dejaba claro que no se trataba sólo de honrar a los héroes de los Sitios, sino también de renovar el compromiso de la ciudad en defensa de la fe:

[...] tenemos la Cruz en el corazón de la ciudad; ved en ella, señores, el árbol de la vida. Contra este árbol se estrelló la tiranía de Daciano y más tarde la tiranía del capitán del siglo XIX. Que no le falte vuestra veneración. Los atentados venideros contra toda legítima libertad, en él se estrellarán del mismo modo.

Frente al éxito masivo de la religión del progreso a la que se rendía culto en la Exposición, la tradición católica, conservadora y monárquica pugna por ocupar el espacio público⁶⁷. Por muy proclive que fuese el liberal Segismundo Moret a una postura conciliadora hacia los defensores del clericalismo, no parece que se sintiera plenamente a gusto en semejante ambiente.⁶⁸ El redactor de *El Gancho* contaba que Moret asistió a la ceremonia celebrada en la iglesia de San Carlos para dar comienzo a los festejos, pero puntualizaba: «marchándose apenas terminó el sermón».

Más allá del éxito que puede dar a pensar en cierta unanimidad, la realidad muestra que el Centenario fue más bien un campo de batalla en el que se enfrentaron dos concepciones de la nación y de su futuro. Este enfrentamiento no constituía ninguna novedad, ya que a lo largo de todo el siglo XIX habían coexistido dos lecturas de la Guerra de la Independencia: por una parte el proyecto nacionalista católico conservador que se apoyaba en un patriotismo retrospectivo sin visión de futuro y por otra parte un proyecto liberal basado en la construcción de una verdadera nación de ciudadanos.

⁶⁷ Carlos Forcadell Álvarez, «El Centenario de los Sitios y la Exposición Hispano-Francesa. Políticas de la memoria en la Zaragoza de 1908», artículo adjunto a Rafael Pamplona Escudero, (dir.), *Libro de oro de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Crónica ilustrada*, [1911], ed. facsímil, 2008 (en particular pp. 14-17).

⁶⁸ Véase Manuel Suárez Cortina, «Anticlericalismo, religión y política durante la Restauración», en Emilio La Parra, Manuel Suárez Cortina, (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, en particular pp.159-165.

Pese a sus diferencias, estas dos lecturas, que se fundamentaban en un zócalo común construido a lo largo del siglo XIX en torno a la mitificación de la Guerra por las distintas memorias que operaban en el país –el pueblo, con toda la ambigüedad que suponía la noción– permitían cierto consenso a la hora de conmemorar el pasado. Así fue como, para agradecerlos por su ayuda, el Ayuntamiento de Zaragoza declaró «Hijos adoptivos de la ciudad» tanto a Antonio Maura, el arzobispo Soldevila y Juan Tejón como a Segismundo Moret y a Basilio Paraíso.⁶⁹ Este aparente consenso, de hecho, reflejaba una indecisión ideológica que revelaba la dificultad para asumir plenamente el proyecto de Basilio Paraíso que reorientaba el patriotismo hacia la creación de riquezas y la armonía social, fuente de progreso. El nacionalismo católico conservador, que hizo todo lo posible durante el Centenario para contener la modernidad en todas sus manifestaciones sociales (cuestión obrera) o culturales (movimiento de secularización que tenía tintes de anticlericalismo), terminaría imponiéndose frente a la opción modernizadora propuesta por el regeneracionismo.

Semejante fracaso se observará en el Centenario de las Cortes de Cádiz en 1912: a la propuesta de celebrar la fiesta nacional con motivo de la proclamación de la Constitución (el 19 de marzo), se preferirá la celebración de la hispanidad (el 12 de octubre) que a su vez acabará siendo asociada a la tradicional fiesta del Pilar.⁷⁰

⁶⁹ AMZ, General indeterminado, 1908, exp. 2056 y 1284 AMZ, Estadística, 1909, exp. 527, 528.

⁷⁰ Ver Christian Demange, «Mémoires de la Guerre d'Indépendance: le Centenaire des Cortes de Cadix ou le libéralisme en question», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n° 37-42, Juin 2004-Décembre 2006, CNRS, Université de Provence, pp. 259-293.